

Era todo un pueblo, ávido de la música consoladora que exhalaban sus labios.

Se veían mujeres con el ánfora llena de agua a la cabeza, cuyos perfiles evocaban la sombra patriarcal y gracil de la Rebeca bíblica; damas de arrogante porte, vestidas de sedas y de oro, envueltas en el misterio sutil y perfumado de sus velos de gasa, conducidas dentro de pequeñas literas de púrpura franjeadas de plata, por bellos y fuertes esclavos de la Libia... Hombres de majestuosos semblantes, con cimitarras de pomos de pedrería y grandes turbantes constelados de gemas como fastuosas tiaras; viejos venerables, arrastrando sus mantos listados y sus plantas exangües al arrimo de sus báculos; niños y niñas como pájaros estremecidos de alegría bajo la candidez flotante y ondulosa de sus túnicas blancas.

Llegaban en largas y fantásticas caravanas, de sus casas lejanas, de sus aduares remotos, de las más distantes ciudades y por los más largos y polvorientos caminos, con los corazones ávidos y los oídos ansiosos de escuchar las maravillosas historias del narrador del desierto.

El cielo era como un ruego ardiente, como un voto inflamado; y los palmares se sumergían en la luz roja, y sus reflejos cálidos se extendían sobre la gente como las palabras del narrador sobre las almas.

La voz, en el transcurso de la narración, se encendía con el mismo color del cielo.

El era el verdadero monarca de todo aquel pueblo, diverso en rangos, pero uno solo en la devoción, sugestionado bajo el dominio sonoro y maravilloso de su elocuencia.

## IV

Continuó el narrador del desierto:

—«El pastorcillo, el más pequeño de los hijos de Isai, el que pastaba sus rebaños a las faldas de las montañas del Líbano, fué conducido a la presencia de Samuel.

Era bello, como una humana flor, con la cabeza de un contorno estatuario aureolada de cabellos blondos, con los ojos fulgurantes de prodigios azules que hacían pensar en los lagos montaraces, bajo el encanto supremo del alba y en las profundas lejanías de los dilatados horizontes marinos. Su rostro tenía ese tono rosado y áureo de las pomas que destilan sus mieles en el recogimiento fragante de los huertos de Octubre.

Era ágil y fuerte como los mastines que vigilaban el sueño de sus rebaños, al arrimo de los redeles.

Una piel ruda de cordero envolvía el candor de su cuerpo adolescente, de amplio torax y finos miembros, que hacían pensar en la belleza tersa y rígida de sus arcos maravillosos que al curvarse siembran la muerte, y son como un vivo himno que canta la salvaje energía y el triunfo inmortal de la fuerza.

Era bello, ágil y manso como los corderos a quienes dejaba, en las horas del sesteo, bajo las sombras de los cedros, lamers sus largas y blancas

manos de lirio, dignas de sostener un cetro de oro orlado de diamantes, y como creadas a propósito para arrancar de las argentinas cuerdas de las arpas inmortales armonías.

Cuando Samuel vió aparecer al pastorcillo, no osó escrutarle los ojos, como a sus otros hermanos, sino que cayó de rodillas, para venerarle, como si estuviera delante de una aparición sobrehumana.

Sostenían por entonces una larga y empeñada guerra los israelitas contra sus vecinos los filisteos, y la sangre corría a torrentes por las fértiles llanuras de Donmim y por las férciles campiñas de Socho y Azoca.

En Israel reinaba Saul, cuya senilidad apagaba toda esperanza de dejar herederos que perpetuasen las glorias de su nombre.

Los filisteos eran mandados por Goliath de Geth, un guerrero espurio de tan gigantescas proporciones, que para sostener su casco de bronce y su loriga de escamas de plata se necesitaba el esfuerzo de seis hombres.

Una tarde, Goliath de Geth, armado de todas sus armas y agitando en el aire su lanza que descollaba por cima de la copa de los más altos árboles, se adelantó solo hacia las falanges israelitas, y desde un altozano, inmóvil, como la estatua de la guerra, empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones de ciclope:

—¿Por qué estáis preparados para la guerra, si ésta puede terminar fácilmente, volviendo a reinar entre los israelitas y los filisteos la paz amiga que reinó en otros tiempos?

Para ello basta con que se vierta solamente la sangre de un campeón, ahorrando tantas y tantas vidas como han de sucumbir en los próximos combates. ¡Elegid uno de vuestros guerreros que pruebe conmigo su esfuerzo en un singular desafío.

Si él me vence, todos los filisteos serán siervos vuestros, y si yo lo venzo a él, vuestro pueblo será nuestro esclavo.

Yo desafío a todos los combatientes israelitas...

¡A ver si hay alguno que acepte mi reto!

Los israelitas y su Rey Saul oyeron en silencio las atronadoras palabras del gigante, y un temor profundo agitó todos los corazones. Las lanzas temblaron entre las manos convulsas de pánico, y el cetro del Rey Saul rodó por tierra. »

El narrador del desierto intercaló otra pausa en su discurso, y elevó sobre las gentes sus grandes ojos, donde ardían en un incendio de rubíes los últimos resplandores del crepúsculo. Entre la multitud, ansiosa de seguir escuchando, pasaba en aquella breve pausa como la sombra de una angustia infinita, obscureciendo las almas y dilatando las pupilas en una ansiedad fervorosa.

Mas en la pausa, el silencio fecundaba de insólitos bienes a las mentes atónitas.

Una ánfora se desprendió de los hombros de una doncella, rompiéndose en el suelo. Y al caer, la frescura del agua fué absorbida de improviso por la sed voraz de las arenas.

Un justo murmuró en voz baja, con los párpados cerrados, como para ver mejor en el fondo de su espíritu la claridad celeste que irradiaban sus palabras:

—Nosotros bebemos en el silencio las palabras de la meditación, como las arenas absorben esta agua. La piedad ha roto su ánfora para aplacar la sed angustiosa de la tierra.

El cielo, en el progreso de la hora se encendía, se empurpuraba en un incendio maravilloso de corales y granates... Y el largo y profuso crepúsculo de la Arabia era como un fervor de luz que ascendía, desde el barro mezquino de la tierra, hasta las azules e infinitas exaltitudes de los cielos, como las llamas de un holocausto que el corazón de los hombres elevaba a la misericordia divina...

## V

El narrador del desierto prosiguió su historia:

—«También el pastorcillo que había entrado en el campamento custodiado por Samuel y seguido de una gran muchedumbre, oyó las insultantes palabras de Goliath.

Se paró de repente, y con las manos apoyadas sobre su cayado florido, con ramos de zarzas silvestres, exclamó, con la frente inclinada sobre el pecho:

—¿Qué premio le otorgaréis al que venza y destruya la arrogancia de este gigante filisteo, librando a Israel de la vergüenza de sus amenazas?

¿Quién es este atrevido filisteo, que tiene la

osadía de retar a los ejércitos que custodian el Arca santa de la Sabiduría?

Se quedó asombrada la muchedumbre israelita al escuchar tales palabras en labios de un adolescente, y algunos corrieron a referírselas al viejo Rey Saul.

Y Saul mandó que condujeran hasta su trono al pastorcillo de semblante rosado como las pomas de los huertos de Otoño, de los caballos blondos como la miel que destilan los panales de Bethsábé y de los ojos fulgurantes de prodigios azules.

Bellísimo estaba el hijo más pequeño de Isaí Samma, en su cándida sencillez. Parecía que de todos sus miembros fluía esa blancura casta y mística que se hace copa en los lirios.

El viejo rey Saul le habló. Y el pastorcillo, con las manos apoyadas sobre su cayado florido de zarzas silvestres y con la frente inclinada, le dijo:

—Ningún corazón debe estremecerse de espanto ante las amenazas del gigante. Yo, el más humilde de tus siervos, iré a combatir contra él, y con estas mis pequeñas manos limpias de toda impureza, sabré abatir su orgullo.

Saul le respondió, pálido como un muerto, desde la altura de su trono resplandeciente de oro y pedrería:

—No es posible que tú puedas combatir con ese filisteo, porque eres un niño y él un guerrero fortalecido en los combates desde su más tierna infancia.

El pastorcillo recordó entonces que el enviado de la Sabiduría, Samuel, se había postrado ante sus plantas para venerarle, y una onda de pala-

bras venida de lo más profundo de su alma se desbordó como una fuente divina, por la flor roja de sus labios, y ante el Rey empezó a decir la parábola:

—«Conducía ¡oh, Rey! este siervo tuyo los rebaños de su padre, a pastar en las fértiles laderas de las montañas y en la frondosidad húmeda y fragante de los valles, y el león vino, y el oso vino, queriendo, para saciar sus hambres, arrebatarte los más tiernos y rollizos corderos; y tu siervo les persiguió y les arrancó de entre las fauces sus presas.

Contra mí se revolvieron para devorarme, y yo, con estas mis manos de adolescente, me aferré a sus gargantas, oprimiéndolas, hasta que la vida se escapó en un rugido de espanto.

Yo, el más humilde de tus siervos, he desquijarado leones y extrangulado osos contra mi pecho. ¿Cómo no he de saber abatir a tan orgulloso filisteo?»

El narrador del desierto volvió a detenerse y a elevar sobre las gentes sus grandes ojos donde ardía el alma de rubíes del crepúsculo.

La tarde llameaba, en una apoteosis intensa de púrpuras maravillosas.

## VI

Continuaba la narración:

—Cuando el viejo Rey Saul, desde su trono de oro y gemas, oyó las palabras de la verdad,

quiso revestir al pastorcillo con sus propias vestiduras y ceñirle también su espada y su escudo de plata y su loriga de escamas de bronce.

Mas el pastorcillo, cubierto con tales arcos se encontró tan embarazado, que apenas si podía moverse, pues ignoraba el uso de tales prendas guerreras, acostumbrado como estaba a la vida libre y salvaje del pastoreo, y a cubrir sus miembros sólo con pieles de cordero.

Viéndose imposibilitado por aquel férreo peso que habían arrojado sobre sus hombros, volvióse al rey y le dijo:

—Toda mi agilidad desaparece bajo el embarazo de estas prendas guerreras, cuyo uso me es desconocido.

Y despojándose de las armas y de las regias vestiduras, empuñó de nuevo su cayado, cogió del suelo cinco nítidas piedras, las cuales encerró dentro del zurrón de piel de cabra que pendía de sus hombros, y agitando en su diestra su honda de esparto, alegre y risueño corrió al encuentro del gigante.

Goliath de Geth, apenas vió al bello adolescente que corría a su encuentro, lanzó una sonora carcajada que hizo temblar en un choque rudo de acero y de bronce sus armas de combate, y dijo con un tono insultante de desprecio en la vibración irónica de su voz:

—¿Me has tomado por un perro cuando así vienes, ¡oh, mísero y desventurado pastorcillo! a amenazarme con tu cayado?...

Y le volvió despectivamente la espalda.

Mas como el menor de los hijos de Isai Samma prosiguiese avanzando sin que le amedrentase su presencia, volvióse de nuevo hacia él, y añadió en son de sorna:

—Si das un paso más, inberbe y temerario mozalvete, te descuartizaré como si fueras un cabritillo, y ofreceré tu carne como pasto a las aves de rapiña y a las fieras de presa, para escarmiento de atrevidos...

Mas el pastorcillo, imperturbable, repuso con voz tranquila y semblante sereno:

—Tú me ultrajas defendido con el bronce de tu loriga, de tu casco y de tu escudo, armado de tu lanza y de tu espada, y yo te respondo en el nombre de la Sabiduría y en el nombre de los ejércitos que custodian el Arca Santa de la Sabiduría, a los cuales tú, hoy, has provocado injuriosamente.

En verdad te digo que la Sabiduría hará que mueras entre mis manos...

Cortaré, con tus mismas armas, tu cabeza orgullosa, para que sirva de trofeo a la gloria de mi pueblo, y dejaré tu cadáver y el de todos tus filisteos en estos valles que han visto tu osadía, para pasto a las aves de rapiña y a las fieras famélicas.»

El narrador del desierto volvió de nuevo a enmudecer, elevando sobre las gentes sus ojos de llamas donde resplandecían, en un largo y terco martirio de púrpura, los vivos ardores de todos los rubíes del crepúsculo.

Todos los semblantes revelaban una misma y crepitante ansia interior...

La multitud tenía una sola alma... Y sobre aquella alma desnuda, el largo y profuso crepúsculo de

la Arabia, desde el arco encendido de los cielos, disparaba infinitos dardos bermejos...

## VII

La narración continuaba:

—«Cuando Goliath de Geth escuchó las últimas palabras del pastorcillo, le miró de hito en hito, y con una sonrisa cruel y burlona en sus gruesos labios sensuales, avanzó hacia él, dispuesto a castigar tanta insolencia.

Pero el pastorcillo, apenas se dió cuenta de ello, rápidamente sacó del zurrón de piel de cabra, que sujeto por una soga de esparto pendía de sus hombros, una de las cinco piedras que en su interior encerraba, y con celeridad cargó con ella su honda. Y con un gesto amplio y rápido de hondero, la agitó por cima de su rubia cabecita de adolescente, y en un fuerte embate, la piedra partió con la velocidad y la fuerza fulminante del rayo y fué a clavarse en mitad de la frente del gigante, en el sitio mortal donde los arcos de las cejas se unen en un leve trazo negro.

La frente dejó escapar un caño de sangre, y la gigantesca corpulencia del guerrero rodó por tierra, con los brazos abiertos en cruz y los labios espumajeados de rabia en los últimos estertores de la agonía.

Saltó el pastorcillo sobre el herido, y en medio del silencio y la estupefacción de ambos ejércitos,

arrancó la espada de las manos del moribundo, y con ella, de un tajo, le cercenó la cabeza.

Cogió, como un despojo leonino, de las ásperas greñas la testa sanguinante, y con ella regresó al campo de los israelitas, entre las aclamaciones de todos y el clamor triunfal de las largas trompas de guerra.

Depuso su trofeo ante las gradas del trono de Saul, y empuñando de nuevo su cayado pastoril, y liándose la honda a la cintura, así habló a la multitud atónita que le cercaba:

—Los pacíficos rediles donde balan los rebaños de mi padre me llaman de nuevo, y a ellos torna el pastor, con su cayado, su honda y su zurrón de piel de cabra, para custodiarles de nuevo y conducirlos a la claridad azulosa del alba, mientras las alondras desgranar en la altura sus collares de trémulos trinos de oro, a pastar a las umbrías, entre las altas hierbas consteladas de diamantes de rocío...

Bajo la diafanidad de la aurora detrás de sus corderos que balan y ramonean, entre las zarzas del camino, el humilde pastor entonará los más fervientes himnos en loor de la Suma Sabiduría.

Bajo la gloria del sol, mientras los rebaños se sientan a la sombra de los árboles de las cañadas, al pie de alguna palmera cargada de frutos de oro, repetiré las mismas alabanzas sonoras.

Y bajo la clemencia suave y amparadora del crepúsculo, mientras, al son de sus esquilas tambaleantes regresan los corderos a sus rediles, los mismos cánticos en loor de la Suprema Sabiduría brotarán de mis labios.

«¡Samuel, Samuel, el elegido del Señor ha cum-

plido su voto y de nuevo regresa a cuidar los rebaños que su padre le ha confiado!»

Y con los ojos fulgurantes de prodigios azules, las mejillas encendidas y revuelta y encrespada su rubia melena de león joven, el menor de los ocho hijos de Isaí Samma perdióse corriendo a lo lejos del camino, sin hacer caso de las aclamaciones de la multitud que, frenética de entusiasmo, quería conducirlo en triunfo sobre el escudo gigantesco de Goliath de Geth, el vencido campeón de los filisteos.»

El narrador del desierto se detuvo, y sus ojos, donde iban extinguiéndose lejanos incendios de rubíes, no se elevaron, como de costumbre, sobre las gentes que en un silencio de religiosidad y de fervor habían oído sus palabras.

Con voz de profunda severidad, murmuró lentamente, mientras las últimas brasas del crepúsculo se desvanecían en la paz pródiga y celeste de los altos cielos serenos:

«El verdadero y potente gigante es aquel que solamente se reviste de la fuerza intangible de su fe, y arroja con denuedo su alma contra la amenaza para abatir el orgulloso poderío de ésta.

Él se convierte en Rey de su propia conciencia y es ungido con el óleo santo destinado de lo más recóndito y puro de su voluntad.

Si no vemos nosotros mismos mejor, es para que podamos ver con los ojos de la Sabiduría.

Si no oímos mejor las voces exteriores, es para que podamos escuchar más nítidamente la voz íntima y eterna que habla a nuestros corazones en el silencio de la meditación.»

Y al terminar estas frases, el narrador del desierto volvió a alzar sobre la multitud, embriagada de fe por el raudal de su elocuencia, el fervor inflamado de sus pupilas, en cuyos iris cristalinos y graves fulguraba un místico sueño de remotos rubíes.

## VIII

Llegaba ya su término a la historia; el narrador del desierto recobró fuerzas, y prosiguió con voz cálida:

—Divulgado el triunfo del pastor adolescente, de todas las ciudades del Reino de Israel acudían las gentes coronadas de mirtos y de rosas y vestidas de túnicas valiosas recamadas de oro, para celebrar la victoria, danzando en torno del Arca Santa.

Los más dulces cánticos perfumaban de alegría la fresca primavera del aire.

Las rebecas, las harpas, los crótalos y las nubes, exhalaban, en divinos suspiros de armonía, sobre la tierra florida, el más sonoro alimento de los cielos, como si legiones de arcángeles pulsasen con sus dedos de fragilidad y de dulzura las argentinas cuerdas, celebrando la victoria del pueblo predilecto del Señor.

Millares y millares de labios frenéticos de júbilo dejaban escapar en los vientos perfumados de incienso, de nardo y de benjuí, la alegría ilimitada de sus entusiasmos.

—El viejo Rey Saul, con todos sus triunfos, sólo ha conseguido matar mil filisteos, y el joven pastor, el hijo postrero de Isai Samma, con uno solo, ha conseguido destruir diez mil enemigos.

¡Alabemos el brazo poderoso e invencible del joven pastor...!

¡Digno es por su valor de ocupar el más alto trono de la tierra...!

¡Digna es su frente juvenil de la más espléndida diadema...!

¡Glorifiquemos su nombre, grabándolo con caracteres de diamantes en el Arca de la Alianza, porque nos ha salvado de rencor y de las furias de nuestros enemigos, someténdolos a nuestro poder, como siervos que testimonian su esfuerzo...!

Volvieron a cerrarse los labios elocuentes del narrador, y esta vez tampoco sus ojos fulgurantes de rubíes se alzaron sobre la multitud.

Con sus diáfanas manos que ostentaban en los anulares dos cercos de coral y de ámbar y que tenían las uñas limpias y tersas como madreperlas, se cubrió el rostro escuálido y pensativo, y un suspiro muy tenue y muy vago se escapó de sus labios.

Cuando el narrador del desierto levantó sus diáfanas manos de su rostro plasmado en sombra, sus labios volvieron a abrirse a la palabra, y así continuó:

—«El viejo Rey Saul envidiaba la gloria de aquel pastorcillo imberbe, que se había hecho el dueño absoluto del corazón de su pueblo, y cuyo nombre era pronunciado por todos en un coro general de loores y alabanzas.

Hasta su propio hijo Jonatás, el futuro heredero de su poderío, sentía por el vencedor de Goliath de Geth un afecto lleno de la más sincera admiración, que no en balde el adolescente protegido de Samuel estaba signado también por el halo resplandeciente de la Sabiduría.

Y el anciano monarca sentía, a cada momento, morder su corazón podrido de senilidad y de impotencia, los dientes voraces del rencor y de la envidia, esas víboras repugnantes y ponzoñosas que brotan siempre en los inmundos lozales del odio.

Y por sus ojos velados por la edad pasó la sombra sangrienta del crimen, y una noche mandó a sus más fieles emisarios al lugar donde pastaban los rebaños del hijo menor de Isaí Samma, con objeto de que lo prendiesen y decapitasen en secreto.

Pero uno de los mismos que debían realizar sus siniestros designios, se los reveló al mismo Samuel y a algunos ancianos, y estas noticias pusieron en conmoción a todo el pueblo, que se alzó en armas contra el envidioso y decrepito tirano.

¡Así el juicio recto y severo del Señor vuelve contra los malvados sus propias armas, y los abate y fulmina con el mismo rayo que ellos encendieron en las sombras!

Las palabras se fueron borrando, como desvanecidas en el silencio crepuscular...

Todos los oyentes inclinaron devotamente las frentes a la santa evocación de la justicia divina, y los extertores sangrientos del ocaso se dilataron en un fervor de encendidos rubies, en la profundidad de todas las pupilas.

## IX

—...Un día, mientras el pastorcillo sesteaba a la sombra de un bosque de olivas, llegó en su busca un adolescente, cubiertos de polvo los cabellos y desgarradas las vestiduras... Sus pies sangraban como si hubiesen recorrido largos y espinosos senderos.

Se arrodilló en señal de veneración a las plantas del pastor, e inclinándose respetuosamente hasta rozar la tierra, exclamó, con el aliento aún jadeante de fatiga:

—¡El Señor te bendiga!...

—¿De dónde vienes?...

—Vengo escapado del campamento de los israelitas.

—¿Qué sucede? Habla...

—El pueblo ha abandonado el campamento; los filisteos han caído sobre él, pasando a cuchillo a todos los que quedaban. Hay montones de muertos, y entre ellos el Rey Saul y su hijo Jonatás.

—¿Y cómo sabes tú que ellos también han muerto?

El adolescente, con la faz pegada a la tierra, prosiguió, aún más jadeante:

—Fugitivo cruzaba el monte Gelboe, y caído sobre su escudo contemplé, sangrando por varias heridas, al Rey Saul.

Caballos y carros y soldados le perseguían...



El anciano, al verme pasar, hizo un esfuerzo, se alzó un poco, apoyándose en un codo, y con voz desfalleciente, me dijo:

—¿Quién eres tú?...

—Soy un amalecita—le dije, inclinándome para ayudarle.

El rechazó mi auxilio, y con la voz desgarrada por el dolor me pidió por todo cuanto hay de más sagrado en la tierra, que le rematase, porque su débil cuerpo no podía resistir los inmensos y múltiples dolores que lo dislaceraban, y ya su alma triste contemplaba con infernal espanto los exteriores de su cuerpo aún vivo...

—Y tú ¿qué hiciste?—exclamó con profunda ansiedad el pastorcillo.

—Le obedecí, porque sabía que no podría sobrevivir a su ruina.

Cogí la corona que aún ceñía su cabeza, la coraza que aún resguardaba su pecho y el cetro de oro que aún empuñaba su mano y aquí te los traje, a tí, el elegido de la Sabiduría, mi Señor en la tierra...

—Mas, ¿de qué país eres tú, que no has temido manchar tus manos con la sangre de un Rey?...

—Soy hijo de extranjeros: soy amalecita.

—Sufrirás tu castigo—añadió con voz terriblemente severa y como extraña a aquellos labios juveniles, el pastorcillo vencedor de «Goliath de Geht».

El narrador del desierto interrumpió de nuevo su relato, y sus ojos se elevaron sobre la multitud, cada vez más sugestionada por el encanto sutil y maravilloso de su elocuencia.

En el gran arco del cielo parecía extinguirse el incendio vespéral. Mas en las pupilas del narrador del desierto brillaba aún más vorazmente el resplandor sangriento y fervoroso de los rubies...

## X

«El pastorcillo, hijo menor de Isai Samma, nacido en la ciudad de Bethlehem, en la tribu de Judá, fué Rey de Israel, y Rey justo y sabio, porque la Sabiduría estaba aposentada, como en un alcázar maravilloso, en lo más profundo de su alma.

Una sola vez pecó, porque todos los reyes pecan; mas fué tan grande su arrepentimiento, lloró y gimió tanto, que ningún rey en la tierra se ha condolido y ha purgado con tanta sinceridad su culpa.

Reconoció públicamente su error, como no acostumbra aquellos que dictan las leyes, los cuales en su soberbia se creen infalibles.

Fué Rey de Israel, mas fué al mismo tiempo Rey de sí mismo.

En su frente amplia y pensadora, como si encerrase en su interior un mundo, nuestra Sabiduría es una corona de inmortalidad.

Recordad eternamente al pastorcillo David, el hijo menor de Isai Samma, nacido en Bethlehem, en la tribu de Judá, y el más grande, el más justo y el más sabio de todos los reyes de la tierra.»

Y el narrador del desierto al terminar estas pa-

labras dejó la alcatifa, alzándose solemnemente a la luz crepuscular.

Un murmullo corrió entre todas las gentes que, en silencio, le habían escuchado, con la misma religiosidad con que se oye un oráculo.

Él volvió a contemplar a las gentes con sus grandes ojos profundos, donde centelleaban los últimos rubíes del crepúsculo...

Después sacó de entre los pliegues de su manto un libro encuadernado en piel de camello, y antes de leer, extendiendo gravemente sus brazos, como en una bendición, sobre las cabezas de la muchedumbre, dijo con voz sonora y lenta, como los acordes de un harpa hebrea.

—En las prodigiosas narraciones de vuestra Scherezada se dice cómo el Emir Moussa y el *cheij* Abdossamad con sus compañeros penetraron en una alta cámara de aquel edificio fabuloso, sostenido por cuatro órdenes de columnas de oro, de más de cuatro mil pasos de circunferencia.

Y dentro de aquella maravillosa cámara admiraron una mesa colosal de madera de sándalo, prodigiosamente trabajada, sobre la cual había, esculpidas en relieve, las palabras que voy a leeros y que vosotros repetiréis después a todos los reyes de la tierra que no sean al mismo tiempo reyes de sí mismos.»

Y el narrador del desierto, en la luz que agonizaba, leyó estas palabras de la leyenda de Scherezada para que fueran repetidas a aquellos que no saben ser reyes de sí mismos:

«Una vez, a esta mesa, se sentaron miles de reyes, unos de ojos ciegos y otros de ojos espléndi-

dos. Ahora, todos en la tumba, sufren la misma ceguera.»

El narrador del desierto cerró el libro.

La gente, aún más ansiosa de oír, pedía nuevas narraciones... Mas el cielo se había ya hecho azul, como debieron ser los ojos del pastorcillo ungido Rey de Israel. La primera estrella apareció con vivos temblores de plata.

El narrador del desierto se entró en su tienda, dejando caer tras él las cortinas de la entrada..

El aire parecía invadido del perfume de sus palabras, cálidas como el aliento del *simoun* que agita y devasta todo cuanto encuentra a su paso.

